

# GRISELDA

(EL *GRISELDA* DE BERNAT METGE EN ESPAÑOL)

JÚLIA BUTINYÀ I JIMÉNEZ



Publications of *eHumanista*  
Santa Barbara, University of California, 2020

PUBLICATIONS OF



*GRISELDA*  
*(El Griselda de Bernat Metge en español)*

Publications of *eHumanista*

Directors

Antonio Cortijo Ocaña (University of California)  
Ángel Gómez Moreno (Universidad Complutense, Madrid)

*EDITORIAL BOARD*

Carlos Alvar Ezquerro  
Gregory Andrachuck  
Ignacio Arellano  
Julia Butinyà  
Pedro M. Cátedra García  
Adelaida Cortijo Ocaña  
Ottavio Di Camillo  
Frank Domínguez  
Aurora Egido  
Paola Elia  
Charles B. Faulhaber  
Leonardo Funes  
Fernando Gómez Redondo  
Enrique García Santo-Tomás  
Teresa Jiménez Calvente  
Jeremy N. H. Lawrance  
José Manuel Lucía Mejías  
José María Maestre Maestre  
Georges Martin  
Vicent Martines  
Ignacio Navarrete  
José Manuel Pedrosa  
Sara Poot Herrera  
Erin Rebhan  
Elena del Río Parra  
Nicasio Salvador Miguel  
Hernán Sánchez Martínez de Pinillos  
Pedro Sánchez-Prieto Borja  
Julian Weiss

*GRISELDA (El Griselda de Bernat Metge en español)*  
Júlia Butinyà i Jiménez



Publications of *eHumanista*  
University of California, Santa Barbara

copyright © by Júlia Butinyà i Jiménez



For information, please visit *eHumanista* ([www.ehumanista.ucsb.edu](http://www.ehumanista.ucsb.edu))

First Edition: 2020  
ISSN: 1540-5877

## El *Griselda* de Bernat Metge en español

*A Rafael de la Cruz (20.1.21)*

El *Griselda* de Boccaccio, que corona los 100 cuentos del exquisito Decamerón, data aproximadamente de mediados del siglo XIV. La excelente versión de Petrarca al latín (*Griseldis*), que se incluye en el libro XVII de las *Seniles*, es de los albores del último cuarto del mismo siglo. La traducción de Bernat Metge de esta versión latina al catalán es anterior a *Lo somni* (1399), pues se refleja en este gran diálogo, y es la versión que traducimos.

El valor de la pieza catalana se debe, además de ser el primer texto humanístico de la Península, a que Metge establece un doble juego entre las versiones de los dos autores italianos, traduciendo el relato latino, pero sintonizando con el italiano; con ello, nos permite captar las disquisiciones esenciales sobre el cambio cultural que se estaba gestando y cómo lo concebían aquellos primerísimos humanistas.

La belleza del relato –en el que un marido extorsiona cruelmente a su mujer–, en el mundo de la Filología románica es sobradamente reconocida por su emotividad; de modo que el cuento de Boccaccio enamoró a Petrarca, quien quiso ennoblecerlo traduciéndolo al latín. Ahora bien, Metge quiso poner los puntos sobre las íes en cuanto a la intervención del gran mentor, porque desviaba el cuento original –basado en las enseñanzas de la sana virtud del pueblo– hacia una lectura espiritualista tradicional, como muestran las cartas *Seniles* que acompañan el relato. El notario de la cancillería barcelonesa, desde la carta inicial, con la que –al modo petrarquesco– prologa el relato, argumenta que no se trata de religión sino de ética y de virtudes. Pero la controversia, de la cual Metge se hace eco, estaba latente ya en el epistolario entre los dos grandes trecentistas italianos.

La corriente innovadora del Humanismo, que había empezado precisamente por entonces a difundirse desde Italia, suponía una renovación que Metge entendía en la línea del libre y naturalista Decamerón. Mientras que Petrarca, por medio de la superposición de lo divino, viendo a Dios tras la figura de Valter –el marido–, prolongaba la mentalidad medievalizante, consagrando la imagen de la mujer sumisa hasta su propia anulación. Con una cita de la epístola de Santiago, Petrarca lo rubrica en el colofón, el cual omite Metge.

Todo ello nos traslada a las deliciosas discusiones de aquellos humanistas, detrás de cuyos criterios andaban los autores del Humanismo de la Antigüedad (Cicerón, Séneca, Juvenal...). Fusión cristianismo-clasicismo que tuvo tanta trascendencia como para cambiar el signo de los tiempos, ya que las grandes líneas de la modernidad –muy en primer lugar, el racionalismo– estaban empezando a cuajar tras una larga Edad Media en que la religiosidad, incluso de signo belicoso, había sido plenipotenciaria. Gracias al nuevo espíritu, los mensajes clasicistas –aunque de siempre encumbrados– adquirieron el empuje necesario para mover a una filosofía práctica, aplicada a la vida. El renovado enfoque moral, entre otras cosas, iba a suponer un fuerte golpe a la misoginia, como aspira Metge con la denuncia de su *Griselda* y como ya había hecho Boccaccio en el marco del cuento por medio del relator –Dioneo–, quien condena fulminantemente a Valter. El Humanismo era una revolución ética, no sólo estética.

El curso histórico ha ratificado la línea boccacciano-metgiana, dado que la negatividad y la rigidez humanas han perdido la partida ante la flexibilidad, en la dinámica –como decía otro autor catalán anterior, Ramón Llull, de homificar o de

humanizar. Sin embargo, si esta ha sido la tendencia de la humanidad, no ha ocurrido lo mismo con los textos que encarnaron la polémica inicial, puesto que la versión que se expandió por Europa fue la de signo retrógrado, o sea la petrarquesca. Conviene, pues, dar a conocer la querrela, así como recuperar el texto del autor que coincide con el espíritu de nuestra época.

Este tema presenta amplio espectro y, además de interesar a la historia de la cultura en general, afecta a las literaturas hispánicas en particular, puesto que tuvieron un papel de relieve en aquellos inicios. Tras introducirse el movimiento en la Corona de Aragón gracias a Bernat Metge, se adhiere enseguida la Corona de Castilla, contando con un curioso período de participación de humanistas de ambas procedencias en la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo, a mediados del siglo XV. Es decir, si Italia despertó antes y el resto de Europa siguió después, en este ínterin las literaturas de ambas Coronas fueron muy pioneras.

Por todo ello, es de esperar que, llamando la atención hacia esta pequeña joya literaria de los orígenes del movimiento humanista, se impulse la valoración y el estudio de aquel gran momento en que se empezaba a recuperar el Humanismo clásico de la Antigüedad.

## Obras citadas

### a) Textos

Boccaccio, Giovanni. *Decamerón*, ed. de 1496 actualizada por Marcial Olivar. Barcelona: Planeta, 1982.

Rossi, Luca Carlo. “La novella di Griselda fra Boccaccio e Petrarca.” *La memoria* 229 (1991). (Contiene los textos del relato de Boccaccio y de Petrarca, así como las principales cartas).

Metge, Bernat. *Obras de Bernat Metge*. Riquer, Martín de, ed. i trad. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1959.

---. *Lo somni. El sueño*. Butinyà, Júlia, ed. i trad. Madrid: Palas Atenea, 2007.

### b) General

Albanese, Gabriella. “Un dittico umanistico: Petrarca e Boccaccio.” En G. Lazzi & P. Vitti, coord. *Immaginare l'autore. Il ritratto del letterato nella cultura umanistica*. Florencia: Polistampe, 2000. 149-169.

Bessi, Rosella. “La Griselda del Petrarca.” En *La novella italiana. Atti del Convegno di Caprarola 1988*, II. Roma: Salerno, 1989.

Butinyà, Júlia & Cortijo, Antonio, eds. *L'humanisme a la Corona d'Aragó (en el context hispànic i europeu)*. Potomac (Maryland): Scripta Humanistica Publishing International, 2011.

---. “L'Humanisme a la Corona d'Aragó”. *eHumanista/IVITRA* 1 (2012), i-xviii.

Conde, Juan Carlos & Infantes, Víctor. “La Historia de Griseldis.” *Cuadernos de Filología Italiana* 8 (2001): 233-235.

González Rolán, Tomás; Saquero, Pilar & López Fonseca, Antonio. *La tradición clásica en España (siglos XIII-XV). Bases conceptuales y bibliográficas*. Madrid: Ed. Clásicas, 2002.

Hernández Esteban, María. “Lecturas del relato de Griselda: Decameron X, 10 y Seniles, XVII, 3.” *Rivista di Letteratura Italiana* 9 (1991): 373-399.

---. “La recepción de Boccaccio en España.” *Cuadernos de Filología Italiana* 3 (2001).

- Recio, Roxana. "Petarca traductor: los cambios de traducción peninsular en el siglo XV a través de la Historia de Valter e Griselda." En Tomàs Martínez Romero & Roxana Recio, coords., *Essays on medieval translation in the Iberian Peninsula*. Castellón: Universidad Jaume I, 2001. 291-308.
- Ribera, Joan. "Lectura narratològica de Valter e Griselda de Bernat Metge." En Juan Paredes & Paloma Gracia, eds. *Tipología de las formas narrativas breves románicas medievales*. Granada: Universidad de Granada, 1998. 185-208.
- . "Narradores y receptores boccaccianos en el medievo catalán." En María Hernández 2001. 559-571.
- Riquer, Martín de. "Les lettres de Bernat Metge a Madona Isabel de Guimerà." *Romania* 60 (1934): 94-96.
- . *Història de la Literatura Catalana*, II. Barcelona: Ariel 1964 (Reed. 1980).
- Tavani, Giuseppe. "La Griseldis de Petarca i la Griselda de Bernat Metge." *Els Marges* 16 (1979): 99-104.
- . *Per a una història de la cultura catalana medieval*. Barcelona: Curial, 1996.

### c) De la traductora

- Butinyà, Júlia. "De Metge a Petarca pasando por Boccaccio." *Epos* 9 (1993): 217-231.
- . "La proyección de Boccaccio en las letras catalanas de la Edad Media." *Cuadernos de Filología Italiana* 3 (2001): 497-533.
- . *Del Griselda català al castellà*. Barcelona: Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, 2002a.
- . "Griselda." En *En los orígenes del Humanismo: Bernat Metge*. Madrid: UNED, 2002b. 56-75.
- . Bernat Metge. "Griselda: De Boccaccio a Metge passant per Petarca, en Lectures de literatura catalana a Madrid." En Fina Llorca Antolín, coord. *Quinze lliçons del seminari al Centre Cultural Blanquerna (1997-2002)*. Barcelona: Generalitat de Catalunya, 2003. 227-254.
- . "Petarca en las letras catalanas del siglo XIV." *Revista de Poética Medieval* 18 (2007): 87-111.
- . "Bernat Metge." En Albert Hauf, coord., *Panorama crític de la Literatura Catalana, I. Edat Mitjana (Dels inicis a principis del segle XV)*. Barcelona: Vicens Vives, 2010. 311-353.
- . "Un capítol a part: el Griselda." En *Reflexions sobre la traducció arran de les lletres catalanes medievals*. Publicacions of eHumanista, 2012. 102-136.
- . "La introducción del humanismo en la península ibérica." *Mirabilia* 21 (2015): 197-221.
- . "Del Griselda a Lo somni." *eHumanista /IVITRA* 12 (2017): 211-221.
- . "Bernat Metge, moralista: la dona degradada, exponent de l'odi i del mal humà en el seu temps." *Mirabilia /MedTrans* 11 (2020a): 51-71.
- . "Deu petiteses que magnifiquen la Griselda catalana." *Mirabilia/MedTrans* 12 (2020b): 48-66.
- . "Les pobres Griseldes s'anaren empobrint amb els segles." *Scripta* 16 (2020c): 267-278.
- . "Dels primeríssims humanistes a Lull." *eHumanista/IVITRA* 18 (2020d): 166-187.

## *GRISELDA*<sup>1</sup>

### *Carta inicial*

A la muy honorable y honesta señora doña Isabel de Guimerá, Bernat Metge, salud y atenta reverencia.

Rebuscando entre libros de filósofos y poetas algo con que poder complacer a las damas virtuosas, di con<sup>2</sup> una historia que relata Petrarca, poeta laureado, por cuyas obras tengo especial afición. Y como dicha historia se fundamenta en las virtudes de paciencia, obediencia y amor conyugal, y a mí me consta que estáis especialmente dotada de ellas, por eso, me he decidido a traducir dicha historia y a enviáosla, para que vos y las demás damas virtuosas toméis ejemplo de las cosas que se contienen ahí (no porque yo opine que vosotras necesitáis esta doctrina, porque sin ella ya sois muy pacientes y virtuosas, sino para que, oyendo la presente historia, seáis más ardientes en seguir tales virtudes; porque dice el maestro de amor, Ovidio, en cuyas obras me solía deleitar en los tiempos en que yo andaba enamorado, que al corcel, cuando corre, no le molesta si se le da con la espuela),<sup>3</sup> suplicándoos que tengáis la bondad de oír esta historia y de recordarla, cuando tengan lugar las adversidades (que nadie puede esquivar en la vida presente y de las que Dios os quiera preservar por su piedad), a fin de que las podáis sufrir mejor y más pacientemente.

\*\*\*

En Italia hay una región adornada con muchos castillos y villas notables,<sup>4</sup> llamada el Marquesado de Saluzzo<sup>5</sup>, de la que era marqués un muy noble barón llamado Valter,<sup>6</sup> joven bello y muy agradable, no menos notable por las costumbres que por el linaje; en suma, noble en todo. Ahora bien, contento con todo lo que la fortuna le había dado, no se preocupaba por el futuro y encontraba tanto placer en cazar, que menospreciaba todos los otros quehaceres. Y en especial no se ocupaba de casarse, por lo que sus súbditos y vasallos estaban muy apesadumbrados y descontentos. Por ello, después de haberlo soportado durante mucho tiempo, se unieron para ir a ver a Valter; y uno de ellos, el que tenía mayor autoridad –sea por expresarse bien o por tener más confianza con él–, dijo:

---

<sup>1</sup> Nuestro texto parte de la traducción de Martín de Riquer (1959, enfrentada a la edición crítica, que se ha cotejado con los manuscritos del texto de Metge). Habiendo pasado 6 decenios, hemos efectuado algunas variaciones, que responden al cambio natural de la lengua, en buena parte respecto al léxico, y a la evolución de los criterios traductológicos; éstos se deben a la tendencia a suavizar la rigurosa exactitud hacia el original, como ocurre ante repeticiones hoy desusadas (la coordinada ilativa *e* o bien la fórmula *lo dit/la dita*). Hemos contrastado la versión italiana de Boccaccio y la latina de Petrarca; así como la primera traducción al castellano (Sevilla, 1496). También hay que tener en cuenta que la versión metgiana influyó en la segunda *patraña* del *Patrañuelo* (Valencia, 1567) y asimismo que la traducción medieval catalana, dentro del *Decameron* (Sant Cugat, 1429), sigue la versión de Metge. En nuestra traducción damos las mínimas anotaciones, generalmente con un valor de muestra o representativo.

<sup>2</sup> En el original: *ocórrech*; en catalán antiguo *ocórrer*, del latín OCCURRERE, equivale a ‘presentar-se a alguien, salirle al encuentro’.

<sup>3</sup> “*nec nocet admissio subdere calcar equo*”, de las *Pónticas* (*Tristia* II, 6, v. 38).

<sup>4</sup> Primera vez que el texto se acerca a Boccaccio, suprimiendo la ampliación paisajística de Petrarca, que incluía una cita de las *Geórgicas* de Virgilio.

<sup>5</sup> En la versión italiana el topónimo es *Saluzzo*; en la catalana, *Saluça*, *Salussa*; en la traducción de Riquer, *Salucia*.

<sup>6</sup> En la primera edición en castellano es *Gualtero*; en la italiana, *Gualtiero*, y en latín, *Valterius*, *Gualtherus*...; en Riquer, quien mantiene los antropónimos de Metge, es *Valter*.



—Muy noble marqués, tu benevolencia nos da audacia y atrevimiento para que, siempre que los hechos lo requieran, hablemos contigo con respetuosa confianza, y para que ahora mi voz haga llegar a tus oídos los deseos que todos guardamos secretos en nuestros corazones. Pero no porque yo tenga un interés particular en ello, sino porque tú manifiestas y consideras delante de todos –como has dado a entender a menudo por muchos indicios y detalles– que yo soy para ti muy querido.

Así pues, como todo lo tuyo nos place y nos ha complacido siempre,<sup>7</sup> a fin de que podamos estimar que somos felices teniendo tal señor y que en el futuro lo seremos mucho más que nuestros vecinos, te suplicamos humildemente que quieras casarte. Y que lo llesves a cabo pronto, porque los días se van muy rápidamente: vuelan; y aunque estés en la flor de tu juventud, con todo, la vejez sucede a esa flor, la muerte se presenta a cualquier edad –pues todos tienen que morir igualmente– y es incierta su hora. Que te plazca, pues, oír los ruegos de quienes no despreciarían tus mandatos, y encomiéndanos la elección de esposa, porque nosotros te conseguiremos una que será digna de estar cerca de ti y de un linaje tal, que nos permitirá tener confianza en ella. Líbranos, pues, de la triste angustia en la que estamos, para que, si Dios dispusiera de otra manera de ti, no te fueses sin legítimo sucesor y nosotros no nos quedásemos sin ningún gobernante.

Entonces, Valter, conmovido por los afectuosos ruegos de los suyos, dijo:

—Vosotros me forzáis, amigos, a hacer algo que nunca estuvo en mi ánimo. Yo me deleitaba viviendo en libertad, que difícilmente se da en el matrimonio; pero yo me someto de buen grado a vuestra voluntad. Aunque, a pesar de que yo me fío de vuestro buen sentido y fidelidad, quiero relevaros de la carga que queréis tomar en mi nombre; pues yo mismo quiero hacer el esfuerzo de buscármela, dado que yo estoy seguro de que la nobleza de una persona no ennoblece a otra, y de que muchas veces los hijos son distintos de los padres.<sup>8</sup> Todo el bien que hay en el hombre no le viene más que de Dios, a quien me encomiendo yo mismo y todos mis asuntos, esperando que Él encontrará lo que sea adecuado para mi tranquilidad y salud. Y ya que a vosotros os satisface que yo tome esposa, os prometo que yo cumpliré en breve vuestro deseo; pero quiero que me prometáis que, sea cual sea la mujer que yo escoja, la trataréis con sumo honor y respeto, y que entre vosotros no habrá nadie que hable mal de ella ni se queje de la elección que yo haga. Cualquier mujer que yo elija, ésa quiero que sea señora vuestra y que sea tratada por vosotros como si fuera hija del emperador.<sup>9</sup>

Entonces, todos a una voz y de común acuerdo, le prometieron muy contentos satisfacer y cumplir su decisión; y por exceso de alegría, casi creían ver ya el día de la boda, con tanto gozo y fruición lo esperaban. Valter les señaló la fecha en la que debían estar preparados para su celebración y, además, ordenó a sus criados y a su familia que dispusieran con toda solemnidad las cosas necesarias para la fiesta.

No muy lejos del palacio del marqués se hallaba una pequeña villa, poblada por unos pocos y pobres labradores, entre los cuales había uno más pobre que los demás, llamado Janícola;<sup>10</sup> y tenía una hija llamada Griselda, de cuerpo muy bello, pero mucho

<sup>7</sup> *Griseldis*: “*Cum merito igitur tua nobis omnia placeant semperque placuerint*”.

*Griselda*: “*Com, donchs, totes les tues coses placièn e hagen a nós tostemps plagut*.”

<sup>8</sup> El principio de valorar la virtud sobre el linaje es propio de los primeros humanistas y aparece muy desarrollado en Boccaccio. Así lo exponen algunos capítulos del *Decamerón*, como el 1 de la IV jornada, cuyos protagonistas -Gismonda y Tancredo- son recordados unos decenios más tarde en el libro II de la novela *Curial e Güelfa*, que precisamente defiende ese criterio.

<sup>9</sup> Enfrentando este párrafo a los originales de Boccaccio y Petrarca, se hace significativo -por parte de un notario real como era Metge- el incremento de frecuencias del yo en boca de Valter.

<sup>10</sup> En la italiana, *Giannicolo*; en la latina, *Ianicule*; en la castellana antigua, *Janicolo*.

más bella y noble por sus buenas costumbres y por las virtudes de su corazón. Se había criado en extrema pobreza, con alimentos bastos, y, desconocedora de todo deseo sensual, nunca había imaginado ni orientado su pensamiento a ideas necias ni remilgadas, antes bien en su pecho virginal moraba un corazón de hombre viejo y sabio. Servía a su padre solícitamente, con incalculable amor, y apacentando las pocas ovejas que tenía, hilaba cada día; después, al volver a casa, guisaba coles, espinacas u otras comidas propias de su condición y hacía la cama de su padre. En fin, dedicaba todo su tiempo a la entrega y obediencia propias de una buena hija.

Y como Valter acostumbraba a pasar a menudo por delante de la casa de su padre y se había fijado muchas veces en las cualidades de esta joven –virtud que, por ser de tan baja condición, no era advertida por la gente ni nadie hablaba de ella–, resolvió tomarla por mujer por encima de todas las demás.

El día de la boda se acercaba y a todos les intrigaba de dónde vendría la novia y quién era; mientras tanto, Valter se proveía de anillos de oro, de coronas y de otros adornos, e hizo hacer vestidos, medias y zapatos<sup>11</sup> según el tamaño y medidas de otra doncella, que era de estatura parecida a Griselda. Con esto, llegó el día asignado, y como nadie tenía noticias de la novia, todos estaban muy extrañados, sobre todo porque ya era la hora de comer y estaban dispuestas la comida y la casa. Entonces, Valter, como si tuviera que ir al encuentro de su esposa, salió de su casa en compañía de muchos nobles y de damas, encaminándose hacia el pueblito mencionado.

Y Griselda, ignorando lo que se había pergeñado para ella y llevando agua en un cántaro sobre la cabeza, entró en casa de su padre para acabar con lo que tenía que hacer e irse con las otras mozas a ver a la prometida de su señor. Y mientras Valter se acercaba ensimismado a la casa de Janícola, llamó a Griselda por su nombre, preguntándole dónde estaba su padre. Y ella, respetuosamente y con gran humildad, le respondió que estaba en casa, a lo que contestó Valter:

—Ordénale que venga conmigo.

Y cuando el padre de Griselda hubo llegado, Valter, tomándole por la mano, dijo en voz baja para que nadie lo oyera:

—Janícola, yo sé que tú me amas mucho, y siempre te he reconocido como bueno, fiel y leal, y yo creo que las cosas que a mí me agradan tú las tienes por gratas. Pero, así y todo, quiero saber una cosa en particular: si aceptas tenerme por yerno a mí, que soy tu señor.

Entonces Janícola, estupefacto por estas palabras, dijo:

—Yo no debo querer ni reprobar sino lo que te plazca a ti, que eres mi señor.

—Entremos, pues, solos —dijo Valter—, para que, en tu presencia, pueda yo hacer algunas preguntas a tu hija.

Y una vez que hubo entrado dentro de la casa de Janícola —asombrado todo el pueblo, que estaba esperando fuera—, encontraron a Griselda, muy sorprendida y asustada por la visita de tan alto huésped. Entonces, Valter le dijo:

—A tu padre y a mí nos place que seas mi mujer, y me figuro que te parecerá igual a ti. Pero te quiero preguntar una cosa: si estás decidida a que, después de que nuestro

---

<sup>11</sup> En la castellana antigua “hizo aparejar cintos y sortijas de oro, y una rica corona, y todo lo que a tal novia se requería”.

matrimonio se haya celebrado y efectuado, tu ánimo se avendrá complacido con el mío, de manera que nunca desacuerde en nada con mi voluntad, y que todo lo que yo quiera hacer te guste y que no me contrariarás ni me pondrás mala cara jamás.

Ante lo cual, Griselda, temblando por lo novedoso del suceso, respondió:

—Señor mío, yo no soy digna de tan gran honor. Pero si es tu voluntad y es mi suerte, que sea como has dicho; yo te prometo que no haré tan sólo lo que tú mandes, sino que, aún más, te digo que jamás pensaré nada que vaya contra tu voluntad y que tú no podrás hacer nada —aunque me mandaras matar— que me sea desagradable.

—Ya tengo bastante —dijo Valter—.

Y mostrándola públicamente al pueblo, dijo:

—Ésta es mi mujer; ésta, vuestra señora. Amadla y honradla; y, si me queréis a mí, tenedla a ella por mucho más querida aún.

Y para que ella no llevase nada de los bienes antiguos a la nueva casa, la hizo desnudar por las honradas damas que estaban allí, completamente desnuda,<sup>12</sup> y la hizo vestir, de los pies a la cabeza, con ropas nuevas. Después de haber sido vestida, peinada y bien acicalada, casi no fue reconocida por el pueblo. Enseguida, Valter la desposó, dándole un anillo muy bello, y, haciéndola cabalgar sobre un caballo blanco, la hizo llevar con gran regocijo a su palacio, estando presente y acompañándola todo el pueblo.

Así se celebró la boda con mucha solemnidad. Y Dios nuestro Señor concedió tanta gracia a Griselda que nadie pudo imaginar que se hubiera criado en casa de un pastor sino en algún palacio imperial; tan querida y respetada era por todos. Quienes la conocían desde su nacimiento, difícilmente reconocían que fuera hija de Janícola; tanta era la honestidad de su vida, la nobleza de su proceder y la dulzura de sus palabras, con las cuales atraía los corazones de la gente. Y no sólo la alababan dentro de los límites de su tierra, sino también en muchas otras regiones por donde se difundió su buena fama; así pues, muchos acudían con afecto y con gusto sólo por verla.

De este modo, Valter, ennoblecido por insigne y dichoso matrimonio, vivía con suma placidez, en su casa y fuera de ella, con intensa estima por parte de sus gentes; y era reputado mucho más sabio cuanto tan gran virtud, escondida bajo tan gran pobreza y miseria, había allegado para sí. Y Griselda no sólo desempeñaba las ocupaciones femeninas y domésticas, sino también, cuando era preciso, se ocupaba de los asuntos públicos y, en ausencia de su marido, resolvía los pleitos y las querellas del lugar. Ponía paz entre los que tenían discordias con tan acertados y buenos modales y palabras, y con tanta madurez y equilibrio de juicio, que todos decían que Dios les había enviado del cielo a esta mujer.

No pasó mucho tiempo que Griselda quedó embarazada, por lo cual a todos sus súbditos les asaltó una ansiosa esperanza. Después, ella parió una hija muy hermosa; y a pesar de que sus vasallos hubieran preferido un hijo, no obstante, tuvieron gran satisfacción, no sólo su marido, sino también todos los demás.

Cuando, pasado un tiempo, la hija fue destetada, aunque Valter había probado suficientemente la fe de su mujer, sin embargo, la quiso comprobar y probar aún más. Y hallándose solo en una habitación, la llamó y, con cara compungida, le dijo:

---

<sup>12</sup> La versión catalana añade a la italiana y a la latina: “*tota nua*”.

—Bien sabes tú, Griselda, de tu condición en el pasado y no creo que se te haya olvidado por la fortuna actual;<sup>13</sup> bien sabes tú, además, de qué manera viniste a esta casa y cuán querida y muy amada eres para mí. Pero no ocurre igual con los nobles de mi tierra, sobre todo desde que empezaste a tener hijos, porque se consideran muy ofendidos por ser súbditos de la hija de un labrador, como tú eres. Y me es muy necesario a mí, pues deseo estar en paz con ellos, que con tu hija haga, no lo que yo querría, sino lo que les satisfará a ellos. Y me será preciso hacer algo que será lo más triste y doloroso que yo pudiera hacer; pero no lo querría hacer sin que tú lo supieras, porque quiero que consientas y que tengas la paciencia que me prometiste al comienzo de nuestro matrimonio.

Entonces, Griselda, habiendo oído estas palabras, sin mudar la expresión ni el tono, dijo:

—Tú eres nuestro señor, y tanto tu hija como yo, somos tuyas; haz de tus cosas lo que te plazca, porque no puede haber nada que te guste a ti y que a mí me disguste. Puesto que yo no deseo tener nada ni tengo miedo de perder nada en este mundo, salvo a ti. He clavado estas cosas en mi corazón y de ahí no saldrán ni por el paso del tiempo ni por la muerte. Cualquier cosa imposible podría suceder antes de que mi corazón cambiara.

Entonces Valter, muy contento por dicha respuesta, pero disimulándolo lo mejor que pudo, se marchó aparentando que estaba muy afligido. Y al cabo de un rato le envió uno de sus alguaciles, en el cual confiaba mucho, informado no obstante de su intención y de lo que se proponía hacer. Éste, yendo a verla a altas horas de la noche, le dijo:

—Señora mía, perdóname, y que tengas a bien no maldecirme por lo que yo, forzosamente, tengo que hacer. Tu inteligencia entiende lo que supone estar sujeto a un señor al cual no se le puede uno oponer, por duro y cruel que sea lo que mande hacer. Mi señor me ha mandado que yo coja esta niña y que la...

Y con voz entrecortada, dejó de hablar y de explicar el cruel oficio que debía ejercer. La fama del alguacil era recelosa, recelosa su cara, recelosa la hora, recelosas sus palabras; y aunque a través de ellas entendió claramente que él tenía que matar a su dulce querida hija, sin embargo, no derramó ni una lágrima ni se le oyó un suspiro (lo cual no sólo hubiera sido muy duro en cualquier madre, sino que lo hubiera sido igualmente en una nodriza). Después, con buena cara, cogiendo a la niña, la miró un poco, y, besándola, la bendijo y le hizo la señal de la cruz en la frente. Y se la entregó al alguacil, diciéndole:

—Vete, y ejecuta lo que mi señor te ha mandado; pero te ruego una cosa: que vigiles que los animales salvajes y las aves no la devoren ni coman su cuerpecito; con tal que no te sea mandado lo contrario por mi señor.

Más tarde, cuando el alguacil volvió a su señor y le contó lo que le había dicho a ella y lo que ella le respondió, y le hubo dado a su hija, la compasión y el amor paternos conmovieron profundamente a Valter. Pero no cejó en su propósito, sino que se la entregó al alguacil, envuelta en paños y metida dentro de una gran canasta; y la puso sobre una mula, para que la llevase con suavidad. Y se la hizo llevar con celeridad a Bolonia, a su hermana, que era esposa del conde de Pánico, para que la criase y la

---

<sup>13</sup> Versión latina: "*Nosti, O Griseldis, neque enim presenti fortuna te preteriti tui status credo*"; versión catalana: "*Bé saps tu, Griselda, e no'm pens que per la present fortuna te sia oblidat, lo estament del temps passat.*"

instruyese en buenas costumbres con atención maternal, que la hiciese educar y que la retuviera tan secretamente como pudiese, a fin de que absolutamente nadie supiera de quién era hija. Y el alguacil cumplió con diligencia lo que se le había ordenado.

Valter, luego, examinando a menudo las palabras y la cara de su mujer, nunca pudo advertir ni tener indicios de que su talante hubiera cambiado; pues, de hecho, le demostraba la misma alegría, prontitud, esmero, cuidados y cariño acostumbrados; y jamás le mostró tristeza ni le hizo mención alguna de su hija; jamás, ni deliberada ni casualmente, el nombre de ella salió de su boca de modo que alguien lo oyera.

Cuando hubieron pasado cuatro años de estos acontecimientos, Griselda quedó encinta y dio a luz a un niño muy hermoso, de lo cual su padre y todos sus amigos tuvieron gran gozo y alegría. Y al cabo de dos años, en que dejó de mamar, Valter, volviendo a la habitual indagación, dijo a su mujer estas palabras:

—Bien creo que habrás oído decir que mi pueblo tiene gran disgusto y no soporta pacientemente nuestro matrimonio, sobre todo desde que tú empezaste a tener hijos. Pero nunca les dolió tanto como después de haber tenido un varón, porque dicen entre ellos —yo mismo lo he oído muchas veces—: “Tras la muerte de Valter, nos dominará el nieto de Janícola”; y a ellos les es muy duro que tierra tan noble esté sometida a tal señor. Todos los días comentan entre la gente frases como ésta, por lo que yo —deseando tanto la tranquilidad y temiendo, verdaderamente, que peligre mi salud— me inclino muchas veces a hacer con este niño lo que hice con su hermana. Pero te lo anuncio antes, para que el dolor súbito e inesperado no te turbe.

Griselda respondió:

—Señor, ya te lo he dicho, y ahora lo repito, que yo no puedo hacer nada —es decir, ni quiero ni dejo de querer— sino lo que te complazca a ti; porque yo, de estos hijos, no obtengo más que los sinsabores. Tú eres señor de mí y de ellos. Por tanto, obra a tu gusto con lo tuyo, pero no pidas mi consentimiento; porque, así como al entrar en tu casa me despojé de mis vestidos, así me despojé de mi voluntad y mis deseos, y me vestí con los tuyos; por lo tanto, en la manera en que tú quieras algo, yo también lo quiero. Porque, si yo estuviera segura de tu voluntad, ya habría empezado a querer y desear lo que tú desees; pero, ya que no puedo prevenir tu intención, la seguiré con agrado. Y si a ti te complace que yo muera, moriré gustosa al instante; porque nada —ni la muerte, en última instancia— será igual a nuestro amor.

Entonces, Valter, maravillándose de la constancia y firmeza de la mujer, se marchó, cariacontecido. Y en seguida le envió el alguacil que ya le había enviado otra vez; el cual, después de haberle pedido perdón con gran solicitud por si le ocasionaba algo desagradable, pidió el niño, como si tuviera que cometer un gran crimen. Y Griselda, con la cara y el ánimo ya dichos, tomó en sus brazos a su hijo, muy hermoso y tierno, amado no sólo por ella sino por todos los que lo habían visto y oído hablar de él, y haciéndole la señal de la cruz en la frente y bendiciéndolo, como había hecho con la hija, tras mirarlo un buen rato y besarlo, sin derramar lágrima ni suspiro alguno, se lo dio al alguacil, diciéndole:

—He aquí a mi hijo.<sup>14</sup> Haz de él lo que se te ha mandado; pero —si es posible hacerlo— te ruego una única cosa: que no dejes que las fieras ni las aves devoren los delicados miembros de tan noble niño.

---

<sup>14</sup> En este párrafo, añadido al texto del *Griselda* original, se puede percibir un acento religioso como eco de la escena de Jesús en la cruz.

Después, el alguacil volvió con el niño a su señor, contándole todo esto. Éste se admiró mucho, hasta tal punto que, si no estuviera seguro del gran amor que Griselda tenía a sus hijos, casi hubiera sospechado que esta fortaleza femenina procediese de una crueldad enorme. Más tarde, envió al niño con el alguacil a Bolonia, tal como lo había hecho con la hija.

Estas muestras de benevolencia y fe conyugal, todas ellas, podrían haber bastado a Valter; pero hay muchos hombres que no saben reprimir algo que han empezado, antes bien, continuándolo, persisten en su empeño.

Valter vigilaba y observaba continuamente a su mujer por si cambiaba a causa de lo que le había hecho, pero nunca pudo advertir en ella cambio alguno; mientras que, de día en día, la encontraba más fiel y con mayor cariño hacia él. Así, ambos parecían tener un único sentimiento, pues la mujer —como se ha dicho ya— no quería ni aborrecía nada, sino lo que agradaba a su marido.

Poco a poco se empezó a difundir la mala fama de Valter; esto es que, dado que se arrepentía del matrimonio bajo y humilde que había efectuado con Griselda, había hecho matar a sus hijos con crueldad y dureza inhumanas; puesto que nadie podía verlos ni sabía dónde estaban. Por ello, Valter, a quien se solía considerar un hombre sensato y digno, y solía ser muy querido por sus vasallos, cogió entre la gente reputación de infame y de odioso; pero no por ello sus crueles entrañas se mudaban ni se conmovían, sino que continuaba procediendo con arriesgada severidad según la experiencia que había empezado.

Y como habían pasado doce años desde el nacimiento de su hija, mandó mensajeros a Roma para que hicieran ver o fingieran que traían cartas del Papa, mediante las cuales se propagó entre el pueblo que se le había dado licencia, por dicho papado, a fin de que —para tranquilidad y paz, suya y de su gente— tras la separación del primer matrimonio, pudiese tomar otra mujer. Cuando llegó noticia de este rumor a Griselda, yo creo<sup>15</sup> que la desconsoló y la llenó de gran pesar, pero ella no se inmutó; sino que, como quien de antemano había predispuesto de sí misma y de lo suyo, se mantuvo firme, esperando qué mandaría Valter —a quien ella había subyugado y sometido su cuerpo y todas sus pertenencias— que se hiciera con ella. Valter había avisado ya a su cuñado en Bolonia, rogándole que le trajese a sus hijos; y se difundía el bulo de que la doncella que le traían sería su mujer. El encargo fue ejecutado fielmente por su cuñado; y llevándole la doncella —que ya estaba en edad de casarse—, primorosa, radiante y ataviada con preciosos adornos, y llevando también a su hermano —que tenía entonces siete años—, con gran séquito de nobles y caballeros, el día designado por aquél, emprendió su marcha.

Entre tanto, Valter, a fin de probar a su esposa tal como tenía por hábito, para mayor dolor y vergüenza de ella, la hizo venir públicamente y, delante de gran parte del pueblo, le dijo:

—Yo me complacía mucho con tu matrimonio, sin mirar el linaje de dónde vienes, sino tus costumbres; y ahora, según veo, la gran fortuna se ha tornado gran servidumbre y sujeción, puesto que a mí no me es lícito hacer lo que se le permitiría hacer a un labrador. Mis vasallos me fuerzan y el Papa consiente en que yo tenga otra mujer, la cual ya está viniendo y, efectivamente, estará aquí en breve. Por lo tanto, mantente con corazón fuerte y dale la oportunidad a ella; y, llevándote la dote que aportaste, vuelve a casa de tu padre. No hay ninguna suerte en el mundo que dure eternamente a nadie.

Entonces Griselda contestó:

---

<sup>15</sup> Única aparición del yo del autor, que no consta en Boccaccio.

—Señor mío, siempre estuve convencida de que entre tu magnificencia y mi humildad no había proporción alguna, y siempre tuve la seguridad de que, no tan sólo era indigna de ser tu esposa, sino incluso de ser tu sirvienta. Y por Dios te juro que, en esta casa, de la que tú me has hecho señora, siempre he sido tu sirvienta dentro de mi corazón. Por lo que doy muchas gracias a Dios y a ti por el tiempo que he pasado contigo con mucho honor, más aún cuando yo no lo merecía. En cuanto a lo demás, te respondo que estoy preparada, de buena gana y alegre, para volver a casa de mi padre y allí —donde me crié en mi infancia— llegar a la vejez y morir, como viuda feliz y honorable, habiendo sido esposa de hombre tan noble como tú eres. Yo, con agrado, dejo el sitio a la segunda mujer, la cual, quiera Dios que venga aquí en buena hora; y ya que a ti te place, me voy contenta de aquí.

Pero, como dispones que me lleve mi dote, bien veo yo cuál es, pues bien recuerdo cómo fui despojada de mis vestiduras en el umbral de la puerta de mi padre y que vine a ti después de ser vestida con las tuyas; o sea que mi dote no ha sido otra que confianza y desnudez. Así pues, me desnudo de este traje y te restituyo el anillo con que me desposaste. Los otros anillos, vestidos y aderezos que me habías dado están en tu habitación. Desnuda salí de casa de mi padre y desnuda volveré. Sin embargo, me parece que no es digno que este vientre, en el que han estado mis hijos —que tú engendraste—, aparezca desnudo ante el pueblo; por ello —si te place; pero no, si es de otro modo—, te suplico encarecidamente que en pago de mi virginidad, que traje aquí y que no me llevo, me quieras dejar una camisa de las que solía vestir cuando estaba contigo, con la cual yo —que solía ser tu mujer— pueda cubrir mi vientre.

De los ojos de Valter salieron copiosas lágrimas, sin poder contener el llanto; y girando la cara hacia atrás, tembloroso, pronunció estas palabras:

—Consiento que tengas una camisa.

Y se separó de ella llorando. Entonces Griselda se desnudó de las vestiduras y se quedó sólo en camisa; y con la cabeza y los pies desnudos, salió de su casa, acompañada por muchos, que iban detrás de ella, sollozando y maldiciendo su suerte. Griselda, sin llantos ni suspiros y sin formular ni una palabra disonante, se volvió a casa de su padre, Janícola, quien siempre había mirado con recelo dichas nupcias y de las que nunca había esperado nada bueno; al contrario, muchas veces había imaginado que Valter no se daría por satisfecho con tener una mujer de tan baja condición y que, cuando se cansara de ella, cualquier día, la echaría fuera. Había conservado en un lugar resguardado de la casa la túnica áspera, burda, rota y apolillada que su hija solía llevar; y al oír el tumulto que la gente hacía acompañando a Griselda, que regresaba en silencio y medio desnuda, le salió al encuentro en el umbral de la puerta y la cubrió con la vestidura antigua.

Durante algunos días Griselda estuvo con su padre con admirable humildad, de modo que en ella no se podía advertir ningún indicio de pesadumbre ni de que añorase ni desease la fortuna próspera que había perdido, dado que siempre, en tiempos de prosperidad, había vivido con espíritu pobre y humilde.

El conde de Pánico se acercaba ya con la doncella y se extendió la noticia de las nuevas nupcias; muchos acompañantes del conde, que habían dicho al marqués el día que él llegaría, ya estaban en Saluzzo. Valter mandó venir a Griselda al palacio; y cuando se presentó respetuosamente ante él, le dijo:

—Yo deseo mucho que esta doncella, que mañana estará aquí a la hora de comer, y los hombres y las mujeres que con ellos vengan, así como los míos que asistan al convite,

sean recibidos honorablemente, de modo que se les honre a todos con la asistencia y con el lenguaje idóneos según su dignidad. Yo no tengo en mi casa mujeres que sean apropiadas para hacerlo, por lo que tú, a pesar de que no vayas bien vestida, como conoces mis modos y costumbres, tendrás a tu cargo recibir y colocar a los huéspedes como corresponde.

Entonces Griselda respondió:

—No tan sólo lo haré con agrado sino con gran afán, esto y todas las cosas que yo sepa que sean de tu gusto. Mientras yo viva, no me enojaré ni me cansaré de hacer lo que tú mandes.

E inmediatamente, como una sirvienta, empezó a arreglar la casa y preparar las mesas y las camas y a dar consejos a las otras compañeras para que la ayudasen.

Al día siguiente, de mañana, llegó el conde de Pánico, y todo el mundo estaba deslumbrado por la belleza y buen estilo de la doncella y del niño, su hermano. Eran muchos los que decían que Valter había cambiado juiciosa y oportunamente, y que ahora tendría mujer más noble y joven que antes y, además, muy buen cuñado.

Mientras se preparaba el convite, Griselda estuvo presente continuamente y, sin mostrar confusión ni reparo por la desventura que le había ocurrido ni por la ropa roída que llevaba puesta, se adelantó con expresión jovial a la doncella diciéndole:

—¡Señora mía, bienvenida seáis!

Después, acogió a los invitados con palabras dulces y amables; y organizaba espléndidamente la casa; de manera que todos, especialmente los forasteros, se maravillaban de que tan gran entereza y perfección de buenas maneras se escondieran debajo de tal vestido, y de que ella no se pudiera saciar de alabar a la doncella y al niño, su hermano, de distintas formas. Valter, cuando todos debían sentarse a la mesa, se volvió hacia Griselda y con voz clara, ante todos, casi escarneciéndola, dijo:

—¿Qué te parece mi esposa? ¿Es lo bastante hermosa y adecuada?

—Sí, en efecto —dijo ella—, yo no creo que en el mundo se pudiera encontrar más bella ni más conveniente. Y si con ésta no consigues serenidad, tranquilidad y una vida feliz, no creo que con ninguna las puedas obtener. Quiera Dios que así sea y que con ella vivas en paz muchos años. Pero una cosa te ruego y advierto: que no pretendas tratarla como has tratado a la otra, porque ésta es más joven y ha sido educada más delicadamente, y no creo que lo pudiera soportar igual.

Y Valter, a la vista del temple y la constancia de Griselda, a la que tantas veces había ofendido sin motivo, compadecido por la indignidad que le había hecho sufrir, no pudo aguantar más,<sup>16</sup> y dijo:

—¡Oh, Griselda! Ya he conocido y comprobado suficientemente tu amor y fidelidad. No creo que bajo el cielo exista nadie que haya conseguido tan grandes demostraciones de amor conyugal.

Y tras estas palabras, muy ufano y con gran anhelo abrazó a su querida esposa, la cual, por la novedad del suceso, estaba confundida, como si se hubiera acabado de despertar y hubiera tenido una pesadilla. Él añadió:

---

<sup>16</sup> La voz en off del autor, que humaniza la escena, haciendo que Valter sea en esta ocasión vencido por la compasión, la recupera Metge del texto boccacciano.



—Sólo tú eres mi mujer. No he tenido ni tendré otra. Has de saber que la que tú crees que es mi prometida es tu hija y el que te crees que es mi cuñado es tu hijo. Ahora has recuperado a la vez todas las cosas que, en varias ocasiones, creías haber perdido. Yo quiero que todos los que creen lo contrario sepan que yo no he sido jamás despiadado ni cruel contigo ni he querido matar a mis hijos, sino esconderlos.

Al oír estas palabras, Griselda, se quedó medio muerta por el gran gozo y casi perdió el juicio de tanta lástima; y con lágrimas de alegría se abalanzó sobre sus hijos, y, abrazándolos y abrumándolos con continuos besos, les mojaba sus caras entre desgarradores gemidos y suspiros.

Enseguida las otras mujeres que estaban allí, con alborozo, desnudaron a Griselda de los pobres vestidos que llevaba, la ataviaron con sus vestiduras usuales y la engalanaron excelente y deslumbrantemente.

Todos tuvieron gran gozo y alegría, y aquel día se hizo mayor festejo y más solemne celebración que en el día del casamiento. Después, vivieron por muchos años, juntos, en gran armonía y concordia. Y Valter hizo venir a su casa a Janícola, su muy miserable suegro –al que no había dado muestras de apreciarlo a fin de que no se entorpeciera la experiencia por la que quería hacer pasar a su mujer– y le deparó gran honor y mucho bien. Además, proporcionó a su hija un magnífico y pertinente matrimonio, y, al morir, dejó a su hijo como sucesor y señor de su tierra.<sup>17</sup>

\*\*\*

### *Carta de cierre*

Señora muy graciosa, he traducido lo más llanamente que he podido y sabido la presente historia, la cual, en comparación con el latín en que Petrarca la puso, es muy grosera. Pero yo, imaginándome que os complacería, no he rehusado mostrar mi grosera ineptitud y el gran atrevimiento que he tenido al osar hablar después de tan solemne poeta como es él, quien vivirá perpetuamente en el mundo gracias a la fama y a los insignes libros que ha escrito para nuestra instrucción, suplicándoos, señora, que queráis creer dicha historia, tal como está escrita, pues ocurrió tal como se ha dicho allí, aunque algunos incrédulos y viciosos digan que es imposible que ninguna mujer del mundo puede tener la paciencia y constancia que de Griselda se ha escrito. Se les podría responder que tienen aquella opinión porque se imaginan que lo que para ellos es difícil es imposible para los demás;<sup>18</sup> porque ha habido muchas mujeres que han tenido admirable paciencia, constancia y amor conyugal, como Porcia, hija de Catón, que se mató cuando supo que Varrón, su marido, había muerto, e Hipsicratea, reina, que quiso ir por el mundo en calidad de desterrada con Mitrídates, su marido,<sup>19</sup> y muchas otras cosas que ahora no pretendo relatar.

Os suplico, además, señora, que, a mí, maltratado injustamente por envidiosos,<sup>20</sup> me queráis tener presente en vuestras devotas oraciones; puesto que nuestro Señor ha

---

<sup>17</sup> Petrarca añade como colofón una cita de la epístola de Santiago (1, 13), que da la clave de lectura para su versión, pues la obediencia y sumisión absoluta de la esposa la compara a la debida por el hombre a Dios.

<sup>18</sup> Frase tomada de la respuesta que Petrarca da al amigo de Verona a quien no conmovió el relato: “*esse nonnullos qui quecumque difficilia eis sint impossibilia omnibus arbitrentur*” (Senil XVII, 4).

<sup>19</sup> Metge puntualiza el mérito de estas heroínas –la primera, suicida–, a las que Petrarca se limita a nombrar (“*vel Portiam vel Hipsicrateam*”).

<sup>20</sup> La idea que enmarca esta carta final –que el sufrimiento es real y ha de mover a la compasión– concuerda con la frase inicial del *Decamerón*: “*Umana cosa è aver compassione degli afflitti*”.

puesto en vos tanto bien, y vos sabéis disponer de él tan virtuosamente, que no me figuro que, delante de Él, podáis encontrar rechazo en nada que le pidáis.<sup>21</sup>

---

<sup>21</sup> La petición de ayuda también consta al final del poema citado en la carta inicial; Ovidio, exiliado, en agradecimiento a Graecinus (vv. 30-36) –el amigo a quien dedica esos versos–, le augura estar –gracias a él– en labios de la posteridad.